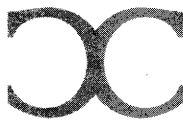


PROSAS PROFANAS

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
IGNACIO ZULETA



CLÁSICOS
CASTALIA

S U M A R I O

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA	7
I. El poeta	7
II. El libro	17
III. Los poemas	24
IV. La crítica	45
NOTICIA BIBLIOGRÁFICA	51
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	59
ABREVIATURAS	85
NOTA PREVIA	87

PROSAS PROFANAS Y OTROS POEMAS

Primera edición (1896)

Palabras liminares	95
I. Prosas profanas	99
II. Coloquio de los centauros	131
III. Varia	141
IV. Verlaine	159
V. Recreaciones arqueológicas	163
VI. El reino interior	171

Segunda edición (1901)

VII. Cosas del Cid	177
VIII. Dezires, layes y canciones	181
IX. Las ánforas de Epicuro	191
APÉNDICE I	203
APÉNDICE II	207
APÉNDICE III	211
ÍNDICE ONOMÁSTICO Y GLOSARIO	217
ÍNDICE DE TÍTULOS Y PRIMEROS VERSOS	239
ÍNDICE DE AUTORES CITADOS	243

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

I. EL POETA

Los años que van desde la partida de Darío a Chile (1889) hasta el fin del siglo constituyen la etapa de la manifestación de un poeta maduro. En la obra reunida en *Los raros y Prosas profanas*, expresa un estado mental remisible al «espíritu de Buenos Aires». El pie lo da la frase de las «Palabras liminares»: «Buenos Aires: Cosmópolis». Cuando se produce el alejamiento de Chile, Darío comienza a ser ya un poeta conocido en el continente. Juan Valera le ha dedicado las dos célebres cartas de 1888, y en 1890 se editará en Guatemala la segunda edición de *Azul...*, que es la que afirma su fama americana y ultramarina. Se ha hablado del Darío post-*Azul...*¹, a partir del examen de las fechas de los poemas que forman el libro de 1888, escritos casi simultáneamente a los de *Abrojos y Rimas*. En 1889, junto a las costas de El Salvador (Ajacutla) piensa, al escribir «Sinfonía en gris mayor», en un libro titulado *Trópico*, idea que abandonará después de un par de ensayos (el segundo será el poema «Del trópico»,

1 Véase, por ejemplo, Forcadas, 1972.

no recogido por Darío en volumen). La circunstancia vital auxilia al crítico: tras el casamiento con Rafaela Contreras («Stella»), se abre la etapa más agitada de la vida del poeta. En un par de años visitará dos veces Europa, el norte y el sur de América, hasta su radicación temporal en Buenos Aires, de 1893 a 1898². Al poco de llegar, ya piensa en otro libro: *Prosas profanas*, como lo anuncia el encabezamiento de «Divagación» (*LN*, diciembre de 1894), compuesto probablemente a principios de 1894³.

En unos años de intensísima producción poética y en prosa (como crítico y periodista), llama la atención el silencio de Darío en cuanto a ese proyecto. El mismo autor que había publicado entre 1887 y 1890 siete títulos (*Abrojos*, *Canto épico a las glorias de Chile*, *Rimas* y *Emelina* en 1887, *Azul...* y *Primeras notas* en 1888 y la segunda de *Azul...* en 1890) esperará seis años para editar otro. No es, probablemente, por falta de oportunidades. Son años de escritura, pero también de lecturas, reflexión, estudio e intensa vida social en un medio novedoso y metropolitano que, además, le impone la necesidad de ganarse la vida con la pluma ancilar del periodismo.

En Buenos Aires

El Buenos Aires que conoce a los veintiséis años lo recibe triunfalmente⁴. Es el Buenos Aires de la afirmación del proyecto político de la llamada Generación del 80, en un país que ha asistido a debates cruciales como el producido en torno a la ley de educación, que

- 2 La biografía de Darío más completa es la de Torres, 1980. Es de interés, aunque menos detallada, Torres Bodet, 1966. Oliver Belmás, 1968, ilustra en especial sobre la etapa española de Darío, aunque tiene el carácter de una biografía total. Ortega, 2003, ofrece una biografía literaria con selección de la obra.
- 3 El texto en prosa «Del Tigre-Hotel», publicado en *La Nación* (3 de febrero de 1894) (reimp. Mapes, 1938, pp. 171-173), indica, por el parentesco temático, que «Divagación» pudo ser escrito por las mismas fechas.
- 4 Para los hechos, v. Loprete, 1955; Arrieta, 1956 y 1959; Ca-rilla, 1967a, y Barcia, 1968 (pp. 13-76); Martínez, 1995; Pailleer, 1998; Battilana, 2006.

ha cumplido la promesa política de la conquista del Desierto, que ha vivido la primera presidencia de Julio A. Roca, y que ha sido conmovido por la crisis financiera de la década de los noventa, disparadora de una actitud mental crítica, que fructificará hacia el fin del siglo con el «espiritualismo» de cuño arielista (más tarde llamado «novecentismo»). Una historia del modernismo argentino, que está aún por escribirse, permitirá discutir e interpretar cabalmente y dentro de un sistema de ideas poéticas la acción literaria de un grupo de jóvenes bajo el signo de un modernismo aprendido del nicaragüense, apenas vislumbrado como movimiento, como ocurría contemporáneamente en el resto del mundo hispánico, en convivencia con la generación «organizadora», unidos por el compartido ideal positivista en el canto a una modernidad evidente en el precipitado cambio de las costumbres, el flujo acelerado de los negocios, la inmigración europea y el descubrimiento de la empresa de gozar de los frutos de un territorio «bárbaro» recién ocupado. Este núcleo de ideas es compartido por quienes reciben y acompañan a Darío en sus andanzas porteñas. Las personalidades de más fuerte vocación política, como Leopoldo Lugones, Roberto Payró o José Ingenieros, ven en la revolución social un modo de llevar a cabo la empresa colectiva de organizar el país. Un Lucio V. López podía haber visto la muerte de la «gran aldea» que fue el Buenos Aires preinmigratorio, Rafael Obligado ver en Santos Vega una víctima del satánico progreso, así como Hernández hizo volver a Martín Fierro a conciliarse, de vuelta de la frontera y bajo otro nombre, con la «civilización». La figura de Mansilla es quizá la que con mayor fuerza había alegado un par de décadas atrás, y sin frutos, contra el sentido de este rumbo en *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). Pero todo este haz de manifestaciones, con sus marchas y contramarchas, no hacía más que afirmar una mentalidad que empujaba a la Argentina hacia el futuro, un futuro en el que las manifestaciones poéticas no ocupaban un rango primordial⁵.

5 Sin ánimo de simplificar, pero en tributo a la brevedad, reitero el interés de recorrer una línea de interpretación del tema nacional en la

Matiz de la polémica modernista

La vida de Darío en esos años ha aportado abundancia de detalles para los historiadores del período sobre los círculos de amistad, los medios de vida, la fraternidad en torno al Ideal (para unos la Dea-belleza, para otros la Idea anarquista), las tertulias de los cafés y las redacciones periodísticas⁶. Los conflictos y las polémicas en torno al modernismo –cuestión disputada ya en otros países del espacio de la lengua– no tienen en Buenos Aires el signo de la polémica generacional (como en México, Perú o España), no hay *gente nueva* que aspire a derrotar y ocupar el discurso de la *gente vieja*⁷. El impulso mental hacia el futuro se generaliza en todas las actividades. No existe grupo que añore un estado anterior de convivencia en un país que huye de su pasado. Argentina, recuérdese, está al margen de la «cuestión religiosa» que en España y Francia comprometerá la escena ideológica al filo del 1900, y que proyectará sus consecuencias en el terreno intelectual. La cuestión social, igualmente, queda definida en los términos de la militancia de figuras como Payró, Ingenieros y Lugones, para su comprensión dentro del espectro de las ideas estéticas. El Ateneo de Buenos Aires bajo las presidencias de Guido Spano, Calixto Oyuela y Carlos Vega Belgrano, bien podía contar entre sus frecuentadores al Darío «decadentista», atacado torpemente por el filólogo Matías Calandrelli, pero consagrado, con disidencias, por Paul Groussac. Estas alternativas se producen dentro del mismo espacio mental, del mismo discurso. Nada que recuerde a los «paliques» de Clarín contra la *gente nueva*, ni la actitud de un Ramiro de Maeztu o un Azorín (por mencionar a los más virulentos protonoventayochistas

literatura que va desde Mansilla (*Una excursión a los indios ranqueles*, 1870) a F. Sicardi (*Libro extraño*, 1891-1902), pasando por Lucio V. López (*La gran aldea*, 1884) y J. Martel (*La bolsa*, 1890-1898), entre otras. Para el carácter testimonial de la narrativa de la última década del siglo, véase el balance reciente de Lewald, 1982.

6 Véase: Garassa, 1968; Ribera, 1971, y Pelletieri y Palacios, 1977.

7 Véase: Lozano, 1965; Litvak, 1977, y Zuleta, 1978, 1979 y 1988 para una visión panorámica de este período de la historia de la crítica.